

Daniel Martín  
Serrano Insomnio



El inspector Tomás Abad está obsesionado por atrapar a un asesino que ha decapitado a varias mujeres en Madrid. La búsqueda lo llevará a un descenso a los infiernos cuando descubra que una persona muy cercana a él está implicada en el caso, y para protegerla deberá tomar una terrible decisión que lo apartará del cuerpo de policía para siempre. Dos años después trabaja como guarda de seguridad del cementerio de la Almudena. Mientras soporta los turnos acechado por un insomnio que lo hace dudar de su cordura, alguien con sed de venganza lo persigue en la oscuridad de la fría noche para castigarlo por los errores que cometió. Entonces Abad comprende que el caso está más vivo que nunca.

Un Madrid espectral y oscuro cobra vida en este thriller psicológico en el que el insomnio y los fantasmas del pasado atormentan a un antiguo inspector de policía que lucha por escapar de sus temores más profundos.

## Índice de contenido

Cubierta

Insomnio

En el presente

1

2

En el pasado

3

4

En el presente

5

En el pasado

6

En el presente

7

8

En el pasado

9

10

11

En el presente

12

En el pasado

13

14

15

En el presente

16

17

En el pasado

18

19

20

21

22

En el presente

23

24

25

En el pasado

26

27

28

29

30

En el presente

31

32

33

En el pasado

34

35

36

37

38

En el presente

39

40

41

En el pasado

42

43

44

45

46

En el presente

47

48

49

En el pasado

50

51

52

En el presente

53

54

55

En el pasado

56

57

En el presente

58

En el pasado

59

60

En el presente

61

En el pasado

62

En el presente

63

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para Greta  
Y  
para Bea*

¡Los actos criminales surgirán a la vista de los  
hombres, aunque los sepulte toda la tierra!

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*Hamlet*, escena segunda

Hay que estar siempre de parte del muerto.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,  
*Crónica de una muerte anunciada*

Lo malo de no dormir no es el lógico cansancio que se va apoderando del cuerpo, de la mente, del alma. La falta de sueño provoca que los brazos y las piernas se vuelvan de plomo, que la espalda sea una dura y rígida losa de mármol imposible de doblar y que la cabeza, pesada como el mundo, se sostenga a duras penas sobre los hombros, como si en cualquier momento pudiera rodar por el suelo agotada de hacer equilibrios sobre el cuello. En estas circunstancias, cualquier movimiento requiere para el insomne un esfuerzo que a cada segundo se cree incapaz de realizar. Lo que antes se hacía por puro reflejo, como andar, algo tan sencillo como dar primero un paso y después otro, se convierte en una tortura en la que el cerebro apenas consigue tirar del cuerpo. Y no es instinto de supervivencia, porque ha desaparecido, y tampoco es fuerza de voluntad, porque ¿quién quiere alargar un suplicio al que no se le ve el final? Quizá solo sea la forma en que la vida se va apagando, igual que un juguete al que se le van acabando las pilas y cuyos movimientos son cada vez más lentos y pesados, pero que sigue actuando como si un mandamiento ancestral se lo ordenara, hasta que, por fin, se queda detenido por completo y, por mucho que se sacuda y agite, ya nada es capaz de hacerlo revivir.

Lo malo de no dormir tampoco es la sensación de estar a punto de perder el control a cada instante. La ira acechando a la misma distancia que la tristeza, y la amargura y la desesperación acompañando en cada segundo del día, esperando la chispa capaz de provocar el incendio que lo arrase todo. Ni siquiera lo es el aislamiento del insomne respecto al mundo que lo rodea, ni formar parte

de un ejército de fantasmas que deambulan por la calle sin rumbo, mirando las cosas como a un cuadro abstracto, pues todo pierde su forma, su dimensión y su sentido.

Lo malo de no dormir, lo terrible del insomnio, es que llega un momento en el que no se sabe si se está despierto o dormido. Se vive en un eterno estado de semiinconsciencia, como en una borrachera o al despertar de la anestesia. Todo llega mitigado, los sentidos están aletargados. Un filtro impide percibir las emociones tal y como son. El oído es incapaz de descifrar lo que escucha, la vista cuestiona todo lo que ve, y lo que se toca o te toca, leve o intenso, dispara un torrente de sensaciones sin control por todo el cuerpo: el escalofrío en la espalda, el sofoco que sube de las entrañas de la tierra hasta explotar en el cerebro, el vello que se eriza, los poros dilatándose, el sudor frío que empapa el cuerpo, el temblor, el ahogo, el miedo. Y la duda, la terrible duda de si lo que ocurre es real, son alucinaciones producidas por el insomnio o es el inicio de la locura.

## En el presente

### 1

Tomás lleva así casi dos años. Metiéndose en la cama, obligándose a cerrar los ojos, tratando de relajarse, de acompañar la respiración, de no pensar en nada. La mente en blanco, en blanco. Mirar de reojo el despertador de la mesilla, 9.23. Volver a cerrar los ojos escuchando los ruidos de la casa, los sonidos de la mañana, el tráfico, las bocinas, el teléfono que suena y que con urgencia es descolgado por Sara, que habla en voz baja: «Sí, está durmiendo, luego le digo que has llamado», relajándose, la respiración, el reloj, las 10.13; sentir, por fin, cómo le vence el sueño, y soñar algo que no recuerda o que prefiere haber olvidado al despertar, un tanto desorientado, con la vana esperanza de haber dormido por fin. El despertador, las 10.32, y saber que eso es todo lo que va a dormir.

Y así un día tras otro, aguantando en la cama el tiempo suficiente para que Sara no se preocupe. Sale de la habitación asegurando que ha descansado, simula que el cuerpo no le duele como si le hubieran dado una paliza y que los ojos no le escuecen igual que si le hubieran arrojado un puñado de sal hirviendo. Ni que siente en la cabeza el martilleo de la sangre acelerada queriendo huir de ese cuerpo que no le da un segundo de reposo ni que tiene el estómago cerrado, así que se obliga a poner buena cara cuando Sara le coloca el plato de comida delante. Mastica de manera mecánica tratando de evitar la náusea a cada

bocado. Luego entra en el baño y trata de revivir debajo del agua caliente de la ducha. Cada movimiento es un esfuerzo al que se obliga, igual que un ciclista al subir un puerto de montaña cuya carretera parece una pared de la que va a caer al vacío, pero que, sin saber cómo, consigue dar una pedalada más, y después otra, y las ruedas giran despacio mientras se arquea y se retuerce sobre el manillar hasta que llega a la cima. Tomás no ve la cima, ni siquiera sabe si la hay, pero sigue pedaleando, no porque tenga esperanza de que todo se arregle, sino porque un día sorprendió a Sara llorando a solas en la cocina, sentada frente a la mesa de espaldas a la puerta mientras en el fuego, en la sartén, algo parecido a una pechuga de pollo humeaba calcinada. Desde ese día decidió que nadie sufriría más por él, y menos Sara, y menos Samuel, el hijo de ambos. Comenzó a fingir que el insomnio iba desapareciendo, que cada vez conseguía dormir un poco más y mejor y que estaba olvidando la razón por la que había llegado a esa situación. Retomó su vida cotidiana convertido en el mejor actor, utilizando cada gesto, cada frase, para aparentar normalidad, para simular que volvía a ser el de antes, con las heridas curadas y algunas cicatrices de recuerdo. Trabaja por las noches como guarda de seguridad en un aparcamiento del centro de Madrid, donde la mayoría de los días el flujo de coches es escaso, así que cuando el agotamiento le vence puede echar una cabezada en un pequeño jergón que hay en un cuarto de mantenimiento mientras Eli, su compañera, le cubre un par de horas. No logra dormir más de veinte minutos, pero se queda tumbado en la dura colchoneta tratando de que el cuerpo descanse. Y cuando el día despunta regresa a casa con el tiempo justo de darle un beso a Samuel, que en ese momento se marcha al colegio, se quita la ropa, se pone un pijama y se mete en la cama para intentar, una vez más, dormir. Seis horas después sale del dormitorio con fingido

buen humor, aparentando haber descansado y tener el ánimo recobrado de quien acaba de despertar.

Ha aprendido a disimular su estado de varias maneras: utiliza a escondidas un colirio para evitar el irritamiento de los ojos y un antiojeras de Sara que se aplica para tapar las oscuras sombras que subrayan su mirada; y a pesar de que no debe por cuestiones de salud, una vez a la semana o cada diez días, cuando el cuerpo y la mente no resisten más, se toma un somnífero para por lo menos descansar unas horas seguidas. Sin dormir, la vida de Tomás es una pesadilla.

## 2

Sara ha preparado en una pequeña tartera media tortilla de patatas y un trozo de pan, y en una bolsa de plástico, una manzana y un yogur. Luego lo ha metido todo en la mochila y la ha dejado junto a la puerta de entrada para que, a Tomás, que está despidiéndose de Samuel, no se le olvide.

—¿Por la noche hay gente por la calle? —pregunta el niño.

—Claro —contesta Tomás mientras arropa a su hijo y le coloca bien el edredón por los lados—, en Madrid hay gente a todas horas. Y más en el centro, donde está el parking.

—¿Y qué hacen tan de noche?

—Bueno, unos vienen de cenar, otros salen del cine, pasean o trabajan como yo, hay mucha gente que trabaja por la noche..., y algunos no tienen a donde ir.

Samuel mira a su padre preocupado.

—¿No tienen a donde ir?

–Hay gente que no tiene casa y duerme en la calle, en el metro, en los cajeros, donde pueden.

–¿Y sus padres?

–Quizá no tienen o no quieren saber nada de ellos.

Durante un instante, Samuel, en silencio, trata de asentar en su pequeño cerebro el golpe de realidad que le acaba de propinar su padre. En su mundo de seis años no hay lugar para algo tan incomprensible como que alguien no tenga casa, ni unos padres que lo cuiden, ni un lugar donde dormir, y piensa en esa gente como payasos tristes arrastrando grandes maletas, llamando a todas las puertas esperando que alguien les abra.

–A lo mejor se han perdido y no encuentran su casa –aventura Samuel, que necesita una explicación lógica a lo que para él no la tiene.

Tomás acaricia con ternura a su hijo y repara en que quizá sea demasiado pequeño para saber algunas cosas de las que él debería protegerle.

–Estoy seguro de que es eso lo que les ha pasado –le tranquiliza.

–Cuando encuentren su casa, sus padres se pondrán muy contentos de verlos otra vez y harán una fiesta para celebrarlo.

–Por supuesto, todas las noches alguien encuentra su casa. Venga, ahora a dormir, y no pienses en eso. Tú tienes tu casa y tu cama y a tus padres.

Samuel se coloca de lado, la cara contra la pared, y cierra los ojos intentando que las últimas palabras de su padre sean las que le conduzcan al sueño, un conjuro que le proteja de la pesadilla que acecha en algún lugar de la noche. Tomás se levanta y sale dejando la puerta entornada para que en la habitación se cuele el hilo de luz proveniente del salón. Coge su anorak del respaldo de una silla, echa un vistazo a su alrededor, al desorden infantil de juguetes, cuentos y ropa que Samuel crea en apenas tres horas, desde que vuelve del colegio hasta que se va a la